

# LA LUNA O LA ROSA

Me alegro de que sea de día. Es de día, y además, verano, y Madrid; y fiesta de San Cristóbal, patrón de los caminantes, que algo podrá hacer también, pienso yo, por los que andan o van a andar en las nubes. Una suma de pequeñas cosas que se juntan para arrancarle al corazón ese rumor armonioso, lo que la gente de los camiones llama un ruido redondo. Si fuera de noche, no se podría decir igual. La noche pone unas sombras muy tristes alrededor de las despedidas. Y eso que el aeropuerto es otra cosa, nunca aquellas madrugadas enteleridas, aunque corriese agosto, en la transbordadora estación de Venta de Baños, o en Ariza, o en Monforte. La aviación no tiene -por ahora- la sobrecarga de, muchos años de literatura, que para colmo fueron de exacerbación romántica. Y el último abrazo --bueno, del último no hay que hablar aquí-, se anuda en la gran sala brillante de niqueles y cristal, con música de fondo que han estudiado los psicólogos. Lo que se dice una fiesta.

Pero una fiesta organizada con mucha sabiduría. La sensación de seguridad, la promesa de que un destino exacto nos espera, jamás estalla con la brusquedad de un anuncio -quizá se sabe ya que es mejor no mentarlo-, sino inculcada con suave escuela. Las azafatas ostentan un aplomo casi insolente. Es chocante, pensamos, que esta noche vayan a cenar en Hong Kong. Todavía en tierra, en el bar, saboreando el jugo de tomate que les celtíberos estuvimos desdeñando por siglos, estas amazonas dicen cosas chocantes, hijas de la costumbre:

- "Se está tirando Roma."

- "Ámsterdam en el suelo."

- "París con torre."

Los pilotos transoceánicos fuman su cigarro como lo fuma Ruiz, el conductor del coche de línea de mi pueblo, que lleva cuarenta años haciendo cada día el mismo recorrido.

Decididamente, uno piensa que con esta gente se iría a la Luna. Y no lo acaba de pensar cuando le recorre un escalofrío por la espalda, porque una cosa es imaginarlo... y otra ponerse al borde de la aventura. Pues, aunque parezca increíble, una voz oficiosa, profesional, nos ha preguntado con prisa:

-Por favor, señor ¿es usted de los del lanzamiento?

Tardé algo en enterarme de que uno de los aviones próximos iba a llevar cierta expedición curiosa: un grupo de turistas encaminados, sino al satélite, si a lo más cerca que se puede llegar como mero contribuyente: a Cabo Kennedy. Me acordé de 1492. Como si entonces algunos ciudadanos de Medina del Campo se hubieran echado Castilla abajo para despedir las naves del almirante. Claro está que, sin merma de admiración para los aventureros de ahora, parece más serio lo de embarcarse en aquellas naos, motivo de espanto para Gracián, que no deja pasar la primera página de su "Crítico" sin declarar que una nave no es otra cosa sino anticipado ataúd.

Pero yo tenía que contestar a quien me preguntaba. Cuando el caballero supo que yo no, marchó a encontrarse con otros de su misma vocación, cada cual señalado con una etiqueta de las que antes usaban no más que los extranjeros que circulaban en grupo, pero que ahora se ven en todas partes, con la moda creciente de convenciones para todo. Yo me quedé un momento como dudando. ¿A dónde se puede volar hoy, un día de Julio de 1969, que no sea a la gran arribada, o por lo menos, a la más extremada de las aproximaciones?

Siguieron cruzándose órdenes y avisos. Unas veces eran las instrucciones cercanas de los guías; otras, difundidas por los altavoces invisibles, en la monótona repetición de los idiomas sucesivos. Fue entonces cuando se oyó llamar: -Los de Fray Junípero Serra, por aquí.

A la gente le faltan manos en estos trances. Se sabe que todo está en regla, pero hay que palpase sin remedio el pasaporte, el certificado de vacuna, el dinero...

Los fieles del padre Serra marchan a honrarle en el propio solar de su gesta, porque andamos ahora en el segundo centenario de la gran aventura colonizadora. Qué poca cosa, dos siglos, desde la miseria de los indios a la California que cuenta como una de las regiones más ricas del mundo. Miro a los peregrinos mallorquines. Y se me viene al recuerdo aquella anécdota que siempre ha resaltado para mí entre cuantas hacen la Historia: los turcos arrasando Constantinopla -inaugurando una nueva Edad-mientras en Santa Sofía los teólogos discutían sobre el sexo de los ángeles... Por un instante me tienta la idea de que estos viajeros van a perderse una de las fechas punteras de la Humanidad; que pudiendo tomar billete para lo más grande, aquí mismo, por el mismo precio, con el mismo riesgo, eligen la ruta de lo pequeño. Pero ya advertí que sólo un instante. Porque, ¿habrá más misterio en las piedras siderales que en el pétalo de una flor?

Decididamente, ninguna vergüenza me hubiera dado subirme como ellos a un

reactor sin otra meta que lo suave y mínimo: la huella de un fraile tenaz que ni siquiera es santo; el patio encalado de alguna misión alzada por españoles mirando al Pacífico; una rosa -sólo una rosa- descendente en California de los anchos aromas de Castilla.

Me quedé en tierra. Y mi nostalgia no fue por la Luna, mas por San Diego.

**Antonio PEREIRA**